

LIBRO 3

CUANDO LO INCORRECTO PARECE NORMAL

Decadencia moral y
responsabilidad ciudadana



VIA CÍVICA

Índice

El peligro de acostumbrarnos (Introducción)	01
Lo que se repite termina pareciendo normal	02
Cuando los poderosos dan el ejemplo equivocado	03
Sobrevivir no es lo mismo que justificarlo todo	04
Recuperar el criterio: volver a preguntarnos qué está bien	05
La responsabilidad de cada ciudadano	06
Para reflexionar	07
Ningún cambio será suficiente si cambiamos solamente a quienes gobiernan	08



VÍA CÍVICA

El peligro de acostumbrarnos

Las sociedades no pierden sus referencias morales de un día para otro. Rara vez una comunidad despierta una mañana y descubre que aquello que antes consideraba inaceptable se ha convertido en algo cotidiano. Generalmente, el proceso es más lento. Algo ocurre una primera vez y provoca indignación. Después vuelve a ocurrir. Con el tiempo, algunas personas dejan de sorprenderse. Finalmente, aquello que en otro momento habría sido motivo de rechazo comienza a explicarse como algo inevitable, normal o simplemente propio de “cómo funcionan las cosas”.

Eso puede ocurrir con la corrupción, con la mentira, con el abuso de poder y con la injusticia. También puede ocurrir con actitudes más cotidianas: aprovecharse de una posición, guardar silencio frente a algo que sabemos que está mal o justificar una conducta porque produce algún beneficio. Poco a poco, el problema deja de ser solamente lo que alguien hizo. El problema comienza cuando la sociedad pierde la capacidad de preguntarse si aquello debería seguir siendo aceptable.

En Nicaragua, después de años de concentración de poder, crisis institucional, persecución, polarización y dificultades económicas, es inevitable preguntarnos qué efectos ha tenido todo esto sobre nuestra manera de relacionarnos con la verdad, con la autoridad y con los demás. Una dictadura puede debilitar las instituciones, pero

también puede crear un ambiente en el que muchas personas terminan adaptándose a prácticas que, en otras circunstancias, habrían cuestionado con mayor claridad.

Hablar de este tema exige cuidado. No se trata de juzgar desde una supuesta superioridad moral a quienes han tenido que tomar decisiones difíciles para sobrevivir o proteger a sus familias. Las circunstancias importan. Existen situaciones en las que las opciones disponibles son limitadas y nadie puede conocer completamente la realidad de otra persona.

Pero reconocer esa complejidad tampoco significa abandonar toda reflexión.

Una sociedad necesita conservar la capacidad de distinguir entre lo que es comprensible y lo que es correcto; entre una decisión tomada bajo presión y una práctica que comenzamos a justificar por conveniencia; entre protegerse y participar voluntariamente en aquello que daña a otros.

Esa distinción será importante para el futuro. Porque la reconstrucción de Nicaragua no consistirá únicamente en cambiar a quienes ocupan el poder. También exigirá preguntarnos qué hábitos, prácticas y formas de relacionarnos con lo público queremos dejar atrás.

La gran pregunta de este cuaderno es sencilla:

¿Qué ocurre cuando una sociedad se acostumbra tanto a lo incorrecto que deja de reconocerlo como un problema?

1. Lo que se repite termina pareciendo normal

Una de las características más peligrosas de la decadencia moral es su capacidad para avanzar sin que siempre nos demos cuenta. Las personas tenemos una enorme capacidad de adaptación. Esa capacidad es, muchas veces, necesaria para sobrevivir en situaciones difíciles. Nos permite continuar viviendo después de una pérdida, ajustarnos a nuevas circunstancias y encontrar formas de seguir adelante.

Pero la adaptación también tiene un riesgo. Podemos acostumbrarnos a aquello que nunca debimos aceptar como normal.

Cuando una injusticia ocurre por primera vez, genera sorpresa. Cuando se repite, provoca indignación. Si continúa ocurriendo y nadie parece capaz de detenerla, algunas personas terminan concluyendo que no tiene sentido seguir reaccionando. La indignación se transforma en cansancio y el cansancio puede convertirse en indiferencia.

Este proceso puede observarse en muchos niveles. Cuando las reglas se aplican de manera diferente según quién sea la persona; cuando la mentira pública se vuelve evidente; cuando se abusa de

una posición de poder; cuando la corrupción deja de sorprender porque se asume que “todos hacen lo mismo”. El peligro aparece cuando la reacción ya no es preguntarse por qué algo está mal, sino asumir que así funcionan las cosas y que intentar cambiarlas sería inútil.

La normalización produce una forma particular de resignación. En lugar de exigir que la realidad se acerque a ciertos principios, las personas comienzan a ajustar sus principios a la realidad.

Se dice que alguien “es así”. Que siempre ha sido de esa manera. Que para conseguir algo hay que conocer a la persona adecuada. Que quien tiene poder inevitablemente lo utilizará para su propio beneficio. Que ser honesto es ingenuo. Que quien no aprovecha una oportunidad para sacar ventaja simplemente es porque no pudo hacerlo.

Estas frases pueden parecer pequeñas, pero revelan un cambio importante. La conducta incorrecta deja de necesitar una justificación sólida porque la sociedad ha comenzado a esperarla.

Una sociedad no se vuelve moralmente indiferente porque todas las personas sean malas. Muchas veces ocurre porque demasiadas personas han dejado de creer que sus principios puedan tener algún efecto sobre la realidad.

Sin embargo, aceptar que algo es frecuente no significa aceptar que sea inevitable. La corrupción puede ser común y seguir siendo corrupción. El

abuso puede repetirse y continuar siendo abuso. Una mentira puede ser repetida miles de veces sin convertirse en verdad.

Recuperar una sociedad también exige recuperar esa capacidad de nombrar las cosas por lo que son.

No para vivir permanentemente indignados, sino para evitar que la costumbre termine sustituyendo al criterio.

2. Cuando los poderosos dan el ejemplo equivocado

Las sociedades reciben señales de quienes ocupan posiciones de autoridad. Cuando las instituciones funcionan, cuando las reglas se aplican con cierta coherencia y cuando quienes ejercen poder enfrentan consecuencias por sus abusos, se transmite una idea básica: existen límites que nadie debería poder cruzar.

El problema aparece cuando ocurre lo contrario.

Si quienes tienen poder pueden mentir sin consecuencias, utilizar instituciones en beneficio propio o castigar arbitrariamente a otros, la sociedad recibe un mensaje peligroso: las reglas no son realmente reglas, sino instrumentos que algunos pueden utilizar y otros deben obedecer.

Eso tiene efectos que van más allá de la política. Cuando la autoridad pierde legitimidad moral, muchas personas

comienzan a preguntarse por qué ellas deberían comportarse de manera diferente.

Si arriba nadie respeta las reglas, ¿por qué habría que respetarlas abajo?

Si quienes tienen influencia obtienen privilegios, ¿por qué no buscar también algún privilegio?

Si la mentira es una herramienta cotidiana del poder, ¿por qué exigir honestidad en los demás?

Este razonamiento puede parecer comprensible, pero termina extendiendo el problema. La conducta incorrecta deja de verse como una excepción y comienza a justificarse como una respuesta necesaria frente a un sistema que no funciona.

De esta manera se produce una especie de círculo: el mal comportamiento de quienes tienen poder debilita la confianza en las reglas, y la pérdida de confianza facilita que más personas consideren aceptable incumplirlas cuando les conviene.

Sin embargo, reconocer la responsabilidad especial de quienes gobiernan no significa que el resto de la sociedad quede libre de responsabilidad. Precisamente porque los ejemplos desde arriba pueden ser negativos, resulta todavía más importante que existan personas e instituciones capaces de mantener otros criterios.

Una sociedad no puede depender exclusivamente de que quienes ocupan el poder decidan comportarse correctamente. Necesita ciudadanos, profesionales, familias, comunidades y organizaciones que mantengan una idea clara de los límites que no deberían cruzarse.

Esto no significa exigir perfección. Nadie la tiene. Significa reconocer que **la autoridad moral de una sociedad no puede descansar únicamente en quienes controlan el Estado.**

Cuando las instituciones fallan, la responsabilidad de quienes conservan su independencia de criterio se vuelve todavía más importante.

3. Sobrevivir no es lo mismo que justificarlo todo

Hablar de responsabilidad moral en una sociedad sometida a condiciones difíciles exige evitar los juicios fáciles. No todas las decisiones se toman con libertad. Una persona que depende de un empleo, que tiene hijos a su cargo o que teme por la seguridad de su familia puede enfrentarse a presiones que otros no comprenden desde afuera.

Por eso, sería irresponsable dividir la realidad entre héroes y cobardes, buenos y malos, como si todas las personas hubieran tenido las mismas posibilidades.

Existen decisiones que nacen de la necesidad. Existen silencios que

responden a la prudencia. Existen personas que han tenido que adaptarse a circunstancias que no eligieron.

Pero precisamente porque la realidad es compleja, necesitamos aprender a distinguir.

No es lo mismo guardar silencio para proteger a la familia que utilizar la persecución de otros para obtener beneficios. No es lo mismo aceptar un trabajo porque se necesita sobrevivir que utilizar una posición para abusar de otras personas. No es lo mismo actuar con prudencia que convertir la conveniencia personal en una justificación para cualquier conducta.

Esta distinción no siempre será sencilla. Habrá zonas grises y situaciones difíciles de juzgar. Pero renunciar completamente a establecer diferencias sería otro error.

Una sociedad que quiere reconstruirse necesitará una conversación honesta sobre estas complejidades. No para iniciar una cacería moral ni para dividir nuevamente a los nicaragüenses entre grupos irreconciliables, sino para aprender de lo ocurrido.

Entre las preguntas que será necesario hacernos están estas:

- ¿Qué prácticas aceptamos simplemente porque todos parecían hacerlo?
- ¿En qué momento dejamos de cuestionar ciertas conductas?

- ¿Qué cosas justificamos por conveniencia?
- ¿Qué tipo de comportamientos no queremos repetir en el futuro?

La reconstrucción moral de una sociedad no comienza señalando exclusivamente a los demás. Comienza cuando cada persona acepta la posibilidad de revisar sus propias decisiones.

Eso exige honestidad.

Y la honestidad no consiste en afirmar que nunca nos equivocamos. Consiste en ser capaces de reconocer cuándo algo que hicimos, toleramos o justificamos merece ser reconsiderado.

Una sociedad madura no es aquella en la que todos se presentan como inocentes.

Es aquella en la que existe suficiente responsabilidad para aprender de los errores sin quedar atrapados permanentemente en ellos.

4. Recuperar el criterio: volver a preguntarnos qué está bien

En tiempos de confusión, puede resultar incómodo hablar de principios. Algunas personas consideran que los principios son ideas demasiado abstractas para una realidad llena de problemas urgentes. Otras sospechan de cualquier discurso moral porque ha sido utilizado muchas veces para juzgar o manipular.

Pero vivir sin ningún criterio también tiene consecuencias.

Si todo puede justificarse dependiendo de quién obtiene el beneficio, la sociedad pierde la posibilidad de establecer límites. La pregunta deja de ser si una acción es justa o injusta y se convierte únicamente en si funciona, si es conveniente o si permite conseguir un determinado resultado.

Ese es un terreno peligroso.

Una sociedad necesita ciertos acuerdos básicos sobre aquello que no debería ser aceptable, independientemente de quién resulte perjudicado o beneficiado. La dignidad de una persona no debería depender de su afiliación política. La verdad no debería ser negociable según la conveniencia del momento. El abuso de poder no debería ser aceptable cuando lo comete nuestro adversario, pero justificable cuando lo comete alguien con quien simpatizamos.

Estos principios no pertenecen a un partido político ni a una ideología particular. Son condiciones necesarias para una convivencia mínimamente sana.

Recuperar el criterio significa, entre otras cosas, recuperar la capacidad de hacer preguntas incómodas incluso dentro de nuestros propios espacios. Significa no defender automáticamente todo lo que hace quien consideramos aliado. Significa reconocer que las buenas causas también pueden ser defendidas con malos métodos y que ninguna organización

queda moralmente protegida simplemente por tener un objetivo que consideramos correcto.

Esto será especialmente importante en una futura Nicaragua democrática. Existe el riesgo de que, después de tantos años de autoritarismo, algunas personas consideren que cualquier método está justificado si sirve para derrotar o castigar a quienes consideran responsables de la crisis.

Pero una democracia no puede construirse utilizando permanentemente las mismas lógicas que se pretende superar.

Si queremos instituciones con límites, tendremos que aceptar límites también para nosotros. Si queremos justicia, tendremos que evitar confundirla con venganza. Si queremos libertad, tendremos que defenderla incluso cuando protege a alguien con quien no estamos de acuerdo.

Los principios adquieren su verdadero valor precisamente cuando resulta incómodo aplicarlos.

Es fácil defender la libertad cuando beneficia a quien piensa como nosotros. Es mucho más difícil defenderla cuando también protege a quien expresa una opinión que rechazamos.

Por eso, recuperar criterios no significa construir una sociedad de personas moralmente perfectas. Significa construir

una cultura en la que **la conveniencia no sea la única medida de lo correcto.**

5. La responsabilidad de cada ciudadano

Cuando se habla de reconstruir un país, es común pensar inmediatamente en grandes decisiones: nuevas leyes, reformas institucionales, elecciones, políticas económicas o acuerdos nacionales. Todo eso será importante.

Pero ninguna estructura institucional puede sustituir completamente las decisiones que las personas toman todos los días.

La calidad moral de una sociedad también se expresa en acciones aparentemente pequeñas: cómo tratamos a quien tiene menos poder que nosotros, qué hacemos cuando vemos una injusticia, cómo utilizamos una posición de responsabilidad y si estamos dispuestos a obtener ventajas mediante prácticas que sabemos incorrectas.

Cada ciudadano vive dentro de una red de decisiones que afectan a otras personas. Un funcionario puede utilizar correctamente o abusar de una responsabilidad pública. Un empresario puede crear oportunidades respetando a sus trabajadores o aprovecharse de su necesidad. Un profesional puede utilizar sus conocimientos con responsabilidad o ponerlos al servicio de prácticas dañinas. Un dirigente puede construir

participación o manipular a quienes lo siguen.

La pregunta por la responsabilidad ciudadana, entonces, no pertenece únicamente al terreno de la gran política.

También se refiere a la forma en que ejercemos cualquier pequeño espacio de poder.

Todos, en algún momento, tenemos influencia sobre alguien: dentro de la familia, en el trabajo, en una organización o en nuestra comunidad. La manera en que utilizamos esa influencia contribuye, aunque sea en una escala pequeña, a construir un determinado tipo de sociedad.

Por eso, recuperar Nicaragua exigirá ciudadanos dispuestos a hacer algo que puede parecer sencillo, pero que no siempre lo es: aplicar a sí mismos los principios que exigen a los demás.

No podremos exigir transparencia y justificar la opacidad cuando nos beneficia. No podremos pedir instituciones independientes y, al mismo tiempo, defender que nuestros aliados reciban privilegios. No podremos condenar el abuso de poder mientras aceptamos pequeños abusos cuando los cometen personas cercanas.

La responsabilidad comienza allí: en la coherencia entre lo que esperamos del país y lo que estamos dispuestos a practicar en nuestros propios espacios.

Eso no significa que una conducta individual pueda resolver por sí sola los problemas estructurales de Nicaragua. Sería ingenuo afirmarlo. Pero tampoco debemos caer en el extremo contrario y pensar que la conducta individual no importa porque los problemas son demasiado grandes.

Las instituciones y los ciudadanos se necesitan mutuamente.

Una buena institución puede ayudar a limitar los abusos. Pero también necesita personas que estén dispuestas a respetar sus reglas y defenderlas cuando alguien intente utilizarlas para beneficio propio.

La reconstrucción democrática, en ese sentido, será también una reconstrucción de responsabilidades.

Para reflexionar

La decadencia moral no siempre comienza con grandes crímenes o decisiones extraordinarias. Muchas veces se instala lentamente, cuando dejamos de cuestionar aquello que sabemos que no está bien y comenzamos a justificarlo porque parece más fácil que enfrentarlo.

Por eso vale la pena detenerse ante algunas preguntas:

- ¿Qué prácticas que antes consideraba inaceptables he comenzado a ver como normales?
- ¿Cuándo he justificado una conducta únicamente porque me

beneficiaba o beneficiaba a alguien cercano?

- ¿Soy capaz de aplicar los mismos criterios a mis aliados y a mis adversarios?
- ¿Qué diferencia existe, en mi propia vida, entre actuar por necesidad y justificar cualquier cosa por conveniencia?
- ¿Qué comportamientos no quiero ver repetidos en una futura Nicaragua?
- ¿Estoy dispuesto a exigir de mí mismo aquello que exijo a quienes quiero que gobiernen el país?

Estas preguntas no buscan producir culpa ni establecer quién es moralmente superior a los demás. Su propósito es otro: recuperar la capacidad de examinarnos como ciudadanos y reconocer que la reconstrucción de un país también depende de las prácticas que estamos dispuestos a aceptar o rechazar.

Ningún cambio será suficiente si cambiamos solamente a quienes gobiernan

Es posible cambiar a un gobierno sin cambiar las prácticas que hicieron posible el abuso de poder. Es posible redactar nuevas leyes sin construir una cultura dispuesta a respetarlas. Es posible sustituir a unos dirigentes por otros y, con el tiempo, descubrir que las mismas

lógicas de favoritismo, intolerancia y concentración de poder han encontrado nuevos protagonistas.

Por eso, Nicaragua necesitará algo más profundo que un relevo político.

Necesitará una ciudadanía capaz de preguntarse qué tipo de país quiere construir y qué comportamientos está dispuesta a aceptar para conseguirlo.

Esa conversación no será cómoda. Obliga a reconocer errores, revisar actitudes y abandonar la tranquilidad de pensar que todos los problemas fueron causados exclusivamente por otros. También exige evitar el extremo contrario: convertir la responsabilidad individual en una excusa para ignorar las responsabilidades de quienes han ejercido y abusado del poder.

Ambas cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo. Quienes han causado graves daños deben responder por sus actos conforme a la ley y a los principios de justicia. Pero, al mismo tiempo, una sociedad que desea recuperarse necesita examinar las condiciones y prácticas que permitieron que determinadas conductas se normalizaran.

El futuro no se construirá sobre la idea de que todos somos iguales ni sobre una falsa pretensión de inocencia colectiva. Se construirá mejor si somos capaces de reconocer una verdad más exigente: **cada persona, desde sus posibilidades y circunstancias, tiene alguna responsabilidad sobre el tipo de sociedad que ayuda a sostener.**

Quizás la pregunta más importante no sea únicamente qué hicieron mal quienes tuvieron el poder.

También debemos preguntarnos:

¿Qué estamos dispuestos a hacer diferente para que, cuando llegue la oportunidad de reconstruir Nicaragua, no volvamos a considerar normal aquello que hoy sabemos que está mal?

Una sociedad comienza a recuperar su fuerza moral cuando vuelve a creer que existen límites que no deberían cruzarse,

personas cuya dignidad no depende de su conveniencia y principios que deben aplicarse incluso cuando resulta incómodo hacerlo.

Ese será uno de los desafíos de la Nicaragua que viene.

No aspirar a una sociedad perfecta.

Sino construir una sociedad con ciudadanos suficientemente conscientes como para no acostumbrarse otra vez a lo que nunca debió parecernos normal.



www.viacivica.org